

Notas sobre derecha, autoritarismo y violencia¹

[MYRIAM JIMENO]
Profesora Emérita
Universidad Nacional de Colombia
mjimemos@gmail.com

Resumen

Al intentar responder a la pregunta por la génesis y expansión de la derecha en América Latina se evidencia lo elusivo del tema y la necesidad de comprenderlo desde configuraciones sociopolíticas y culturales en vez de explicaciones monocausales. En estas configuraciones son evidentes las raíces y vectores culturales que nutren y sustentan el auge autoritario.

Argumento que la discusión se concentra demasiado en la derecha y poco o nada en el ascenso autoritario que se dice de izquierda, que hace fuerte presencia en nuestro continente. Vivimos un auge de movimientos de derecha e izquierda que ejercen el poder en nombre del *pueblo* frente a élites corruptas; estos son parientes próximos por su talante autoritario y por imponer la lógica de amigo / enemigo, como lo vemos en el caso colombiano (gobiernos de Álvaro Uribe y Gustavo Petro) y otros latinoamericanos. Los detentadores de este modelo persiguen las muestras de autonomía y ciudadanía independientes, por lo que conviene rescatar la noción de ciudadanía y sociedad civil que nos aleja de las representaciones personalistas.

Palabras clave: Derecha, izquierda, pueblo, populismo, autoritarismo, violencia, América Latina

Notes on right positions, authoritarianism and violence

Abstract

When trying to answer the question about the genesis and expansion of the right wing in Latin America, the elusive nature of the topic and the need to understand it from sociopolitical and cultural configurations instead of monocausal explanations show up. In these configurations, the cultural roots and vectors that nourish and sustain the authoritarian rise are evident.



¹ Artículo recibido: 2 de abril de 2024. Aceptado: 25 de junio de 2024.

I argue that the discussion focuses too much on the right wing and little or nothing on the authoritarian rise on the so-called left, which has a strong presence on our continent. We are experiencing a rise of right and left movements that exercise power in the name of the people against corrupt elites; they are close relatives due to their authoritarian nature and their imposition of friend / enemy logic, as we see in the Colombian case (governments of Álvaro Uribe and Gustavo Petro) and other Latin American countries. The holders of this model fight examples of autonomy and independent citizenship, so it is advisable to rescue the notion of citizenship and civil society that distances us from personalist representations.

Keywords: Right wing, left wing, people, populism, authoritarianism, violence, Latin America

Notas sobre a direita, o autoritarismo e a violência

Resumo

Ao tentar responder à questão sobre a gênese e expansão da direita na América Latina, fica evidente a natureza evasiva do tema e a necessidade de compreendê-lo a partir das configurações sociopolíticas e culturais, em vez de explicações monocausais. Nestas configurações são evidentes as raízes e os vetores culturais que alimentam e sustentam a ascensão autoritária. Defendo que a discussão centra-se demasiado na direita e pouco ou nada na ascensão autoritária que se diz ser de esquerda, que tem forte presença no nosso continente. Estamos a assistir a uma ascensão de movimentos de direita e de esquerda que exercem o poder em nome do povo contra as elites corruptas; São parentes próximos devido ao seu caráter autoritário e à imposição da lógica amigo/inimigo, como vemos no caso colombiano (governos de Álvaro Uribe e Gustavo Petro) e de outros países latino-americanos. Os detentores deste modelo perseguem exemplos de autonomia e cidadania independente, pelo que é aconselhável resgatar a noção de cidadania e de sociedade civil que nos distancia das representações personalistas.

Palavras-chave: Direita, esquerda, povo, populismo, autoritarismo, violência, América Latina

Difícil tema el de la expansión de la derecha en América y la relación con acciones de violencia. Salta la imagen mediática, repetitiva, aún muy fresca, de Donald Trump con hilo de sangre en la cara, el puño en alto, y el grito desafiante “lucha”, que tanto hemos oído. Quiero decir, este tema se nos impone por todas partes. Por los circuitos nuevos y viejos de difusión y también por las reflexiones sustentadas de un espectro amplio de expertos, casi sin día de descanso.

Trata uno de asir el tema, pero como bien lo dice Nitzan Shoshan (2021) es muy resbaloso y poroso; la discusión se inicia con la derecha y pronto se desliza hacia el populismo, a las amenazas globales a la democracia liberal, se empieza en América Latina y se atraviesan Rusia y Hungría, Estados Unidos y Turquía. Un verdadero desafío para el análisis antropológico. Algunos, como Dias Duarte y Martínez-Moreno, se trasladan desde el Brasil de Jair Bolsonaro (2019-2022) a recorrer la historia de movimientos populistas de derecha, las variadas teorías que desde el siglo XIX lo buscan explicar, y se centran en la tensión entre la derecha populista y la herencia ilustrada, racionalista, individualista y tecnocientífica (Dias Duarte y Martínez-Moreno, 2024: 2 en prensa).

No pretendo ir tan lejos, más bien propongo tres argumentos: por un lado, que ese resbalarse continuo de los argumentos sobre la derecha hacia el populismo hace el tema difuso, y confuso en los argumentos sobre la génesis y la expansión de los movimientos de derecha en América Latina. Salta en evidencia cuando se intentan sintetizar los factores involucrados cuyo repertorio oscila entre los sociopolíticos y los psicosociales, las aproximaciones marxistas o las corrientes weberianas y dumontianas, las teorías de las masas o las psicoanalíticas, el papel de las emociones, o, al contrario, las construcciones racionales. Esto señala que tal vez hay que cavar en otro lado que no sea una mono explicación.

En segundo lugar, la discusión se concentra en la derecha y poco o nada en los populismos de izquierda que también hacen fuerte presencia en nuestro continente. La pregunta por el ascenso de actores de derecha en contextos particulares, con su heterogeneidad y dinamismo, como lo propone Shoshan (2021), no puede esquivar el ascenso del populismo autoritario, que comparten izquierda y derecha. Muchas elaboraciones resaltan la contraposición ideológica, la tensión histórica entre individualismo, comunitarismo y jerarquización social, mientras queda soslayado el terreno común autoritario y el ejercicio de la violencia que los acompaña. Es útil el énfasis de Hannah Arendt ([1951] 2022) en la concepción de *ciudadanía* -responsabilidad individual en los asuntos de la colectividad- en dejar ver la coacción o no de la participación individual en la acción conjunta, en la vida compartida, que es en definitiva la política. Esto también permite introducir la noción de *civilidad* y participación de la acción civil, tan perseguidas por el autoritarismo.

Por último, el tema se enriquece en su variedad contextual y procesual cuando se trabaja la relación entre rasgos, acentos, valores culturales y el ascenso de los movimientos y líderes autoritarios. Si tomamos el ascenso de derecha o izquierda como procesos sociales muy fluidos y cambiantes, tanto en los marcos nacionales como trasnacionales, es interesante prestar atención a los vectores culturales que los atraviesan y los constituyen, que varían de país a país y con el trascurso histórico. En este caso podré hacer apenas unas notas que necesitarán trabajos empíricos para detenerse en algunos circuitos político-culturales que los alimentan y sirven de articulador entre los movimientos autoritarios y las ideologías políticas.

Violencia y política en Colombia

La relación entre el surgimiento y el auge de movimientos y actores de derecha (armados y no armados) en Colombia y la ola de violencia ocurrida entre 1985 y 2005 sobrepasa este escrito, pero se puede bosquejar su nevadura: el antagonismo complejo y en extremo cruento entre las fuerzas de la derecha denominadas localmente como *paramilitares*, los insurgentes o guerrillas marxistas y las fuerzas estatales, que escaló de forma paulatina entre esos años. Por supuesto se puede remontar el conflicto hasta el inicio de la guerrilla comunista en la mitad de los 60 pasados, o hasta las cuadrillas de bandidos de los cincuenta, pero no lo encuentro provechoso; eran entonces movimientos muy marginales.

El pacto político bipartidista llamado Frente Nacional (1958-1974) dio lugar a un lapso de baja confrontación y descenso marcado de las tasas de violencia en Colombia. Fue el pacto que permitió superar la aguda confrontación partidista entre liberales y conservadores que ocurrió entre 1946 y 1960. Pero en la década de los ochenta del siglo pasado empezaron a sobreponerse el ascenso de las varias guerrillas, por una

parte, las organizaciones delincuenciales del tráfico de estupefacientes, y por otra, las organizaciones de “autodefensa” rural que comenzaron de forma aislada. Desde mitad de los ochenta supusieron un desafío en crecimiento al control del Estado y al final de la década ya afectaron y penetraron las instituciones y la sociedad en su conjunto, se empoderaron por cooptación, intimidación o el uso directo de la violencia: secuestro, extorsión, amenazas, violencia sexual, homicidio, tortura, desaparición, desplazamiento forzoso, todo el rango de las formas de violencia contra la población civil, especialmente la rural pobre (Véase el *Informe Final de la Comisión de la Verdad*, 2022).

La curva se remonta entre 1985, año del asesinato por el narcotráfico, en Bogotá, del ministro de Justicia Lara Bonilla, llega a su máximo hacia el 2005, y comienza su descenso a partir de la desmovilización y entrega de las armas de la organización paramilitar Autodefensas Unidas de Colombia AUC en ese año; desciende aún más en 2016 con el pacto de paz con la mayor guerrilla, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC. Los gobiernos de esos años variaron en origen partidista (liberal, conservador, alianzas entre ellos) pero compartieron fundamentalmente la razón de estado para enfrentar el desafío de los armados y criminales. Sin duda también cometieron graves atropellos contra la población civil en lo que vieron como guerra contrainsurgente. Hoy día quedan lamentablemente residuos de estos grupos armados en varias regiones del país, alimentados por las rentas ilegales de la cocaína, el oro, las armas y el tráfico de personas.

Es necesario mencionar que, en Colombia, aparte de muy numerosos estudios de historiadores, sociólogos, politólogos y antropólogos, periodistas, literatos, testigos y víctimas que conforman un enorme acervo interpretativo, testimonial, ficcional, documental y analítico sobre este período, se encuentra la producción simbólica artística. No tan solo la creada por la gama de los profesionales de las artes del cine, el teatro, la novela, la historieta, con logros creativos muy destacados como la estremecedora exposición *El Testigo* del fotógrafo Jesús Abad Colorado, con varios años de exhibición exitosa (2019 a la fecha). O la obra *Fragmentos* (2017) de la escultora Doris Salcedo, hecha con armas de los contendientes sobre la que podemos caminar. Sino que está la creación popular local, que se expresa en monumentos, sitios de memoria, canciones, poemas, tejidos, pinturas, dispersa por el territorio, pero nutrida. Es decir, la lucha entre izquierda, derecha y Estado, que dejó varios millones de víctimas en el país es un gigantesco tropo nacional de reflexión, reclamo, disputa, dolor y consuelo.

La Comisión de la Verdad (2017- 2020) fue una entidad fruto del proceso de paz de 2016 con las FARC cuya tarea era “esclarecer los patrones y causas del conflicto armado interno”². Su minucioso trabajo dejó 35 volúmenes, miles y miles de relatos y muestras visuales tratando de abarcar esa inmensidad; sin embargo, no dejó a todos contentos, como en buena medida era esperable de un acuerdo muy controvertido por su naturaleza de justicia transicional. Para unos es poca justicia, para otros falta verdad. Este debate aún no se cierra y se proyecta negativamente sobre los propósitos negociadores del gobierno actual y es punto de divergencia entre quienes conforman

² Se entiende por conflicto armado interno la confrontación ocurrida entre el Estado colombiano y los insurgentes de izquierda (varias organizaciones de guerrillas) y las organizaciones de derecha o paramilitares, entre 1985 y 2016, aunque algunos extienden el período hasta el inicio de las guerrillas en los años sesenta.

el espectro político de izquierda a derecha: ¿Estamos en el postconflicto? ¿Acordamos la paz?

Me centraré ahora en un somero contraste entre las figuras políticas que resumen derecha, centro liberal e izquierda en los pasados veinte años y sus enlaces culturales.

Estilos culturales y política

En Colombia muchos caracterizan las últimas décadas como una oscilación entre el ascenso de un movimiento de derecha agenciado por el político Álvaro Uribe (dos períodos presidenciales, 2002-2010), un movimiento hacia el centro liberal (Juan Manuel Santos, dos períodos presidenciales 2010-2020) y un triunfo de la izquierda (Gustavo Petro 2022-2026). Álvaro Uribe construyó su ascenso sobre el hartazgo de la sociedad con las acciones de las guerrillas; “mano dura” fue su lema, que recibió respaldo entusiasta y masivo. Así ejerció sus dos mandatos; en 2002 acordó negociar con los paramilitares organizados en las Autodefensas Unidas de Colombia AUC y en 2008 logró la desmovilización de 30.000 armados, proceso enmarcado en la Ley de Justicia y Paz (2005).

Uribe intensificó la lucha contra la mayor guerrilla, las FARC, que recibió duros golpes, por lo que el sentido común le atribuye debilitarlos hasta aceptar negociar. De forma similar a las negociaciones posteriores de su sucesor Juan Manuel Santos con las FARC, la negociación desató duras polémicas que abren las aguas entre corrientes de derecha e izquierda hasta el día de hoy. El resurgimiento de nuevos grupos armados ligados al tráfico de cocaína alienta a los escépticos de los procesos de paz, tanto a los críticos de Uribe por el acuerdo con los paramilitares (izquierda) como a los de Santos con la guerrilla (derecha).

La antropóloga Gwen Burnyeat en *La cara de la paz. Gobierno, pedagogía y desinformación en Colombia* (2024) explora las bases culturales de las diferencias entre Uribe y Santos, con las intersecciones de raza, región y clase. Mientras Uribe es visto como encarnación de la derecha y se lo asocia a movilizar emociones y valores del país rural que él mismo exhibe de forma proactiva y deliberada, Santos se coloca como el centro político, racional, moderado, cosmopolita, educado. Burnyeat retoma acertadamente los numerosos estudios³ que se han detenido en esta contraposición que recrea estereotipos y marcadores históricos que distinguen el centro (Bogotá, fría, educada, bien hablada, civilizada) de las tierras bajas y las provincias (calientes, ignorantes, salvajes, bulliciosas) y que, finalmente, son eco de los procesos históricos de constitución nacional. Bogotá encarna a las clases altas que aspiran a llamarse *blancas*, mientras las otras a las capas bajas pintadas de indio y negro. Civilización contra atraso, razón versus emoción, dice el estereotipo, que sin duda se concreta en la concentración de riqueza, servicios y poder en el centro andino, en contraste con las márgenes regionales.

Uribe suele usar sombrero de paja, ruana de tela como los campesinos, habla “desparpajado” con fuerte acento de la región de Antioquia, es católico religioso, se precia de “trabajar, trabajar y trabajar” y se proyecta como un gran padre, protector nacional. Santos usa trajes elegantes, es parco y se enorgullece de haber estudiado fuera del país y estar conectado con el mundo. En el trasfondo cuenta que es sobrino

³ Burnyeat (2024) ofrece una amplia bibliografía de los historiadores, antropólogos, geógrafos y sociólogos - colombianos y extranjeros - que han trabajado el tema.

nieto de otro presidente de Colombia, que fue dueño del principal diario nacional, *El Tiempo*.

Estos marcadores culturales han servido por mucho tiempo para distinguir entre partidos políticos: los liberales (centro), inclinados al cambio y a la modernización; y los conservadores (derecha), fervientes católicos, apegados a tradiciones, representantes de lo rural, campesino o hacendil. Estos conjuntos políticos chocaron sobre el pacto de paz con las guerrillas de las FARC, y se jugaron en lenguajes afectivos que apelaban, unos, al odio a la FARC por los actos de violencia contra civiles como los secuestros y el reclutamiento de niños, y los otros a la importancia de pacificar las armas y recobrar la tranquilidad. Se recordará que cuando se consultó a los ciudadanos ganó ampliamente el NO al pacto de paz en un juego intenso de emociones y política. Santos encontró luego el esquince legal para avanzar en el pacto con las FARC, que se logró en final de 2016.

Pero esta polarización sigue viva en la política colombiana y es punto de demarcación entre derecha, izquierda y centro político. Burnyeat (2024) achaca a las élites de Bogotá el dibujar a Uribe como un populista caudillista, mesiánico y manipulador de emociones. Un representante del atraso político. Pero cuenta que, en efecto, esa caracterización del otro reproduce una veta cultural liberal muy profunda y vasta, la concepción de que el liberalismo representa la racionalidad, la modernidad basada en la ciencia y la técnica. Dias Duarte y Martínez-Moreno sostienen que este es el corazón de “la cosmología occidental moderna”, racionalista heredera de la Ilustración, con su complejo aparato político-ideológico y sus instrumentos tecnocientíficos (2024, p.2). Ellos traen el argumento del antropólogo Louis Dumont en el sentido de que detrás del auge de la derecha se encuentra la resistencia del “principio jerárquico” al individualismo y al igualitarismo. En 1983 Dumont lo aplicó al individualismo y racismo en Hitler afirmando que son manifestaciones reactivas a la hegemonía del orden individualista y de los que se sienten damnificados por este orden político cultural.

Dias Duarte y Martínez Moreno acuden a las investigaciones de Gracino et al. (2021, citado en Dias Duarte y Martínez-Moreno, 2024) para mostrar que el ascenso de Bolsonaro en Brasil estuvo ligado a un amplio discurso de resentimiento contra la política igualitarista de apoyo a derechos de minorías, mujeres, LGBTQIA+, extranjeros, negros, pobres, poblaciones periféricas, pueblos indígenas, es decir, a las políticas de inclusión de minorías. La oposición a las políticas de inclusión contiene una dimensión moral, la resistencia a la liberalización de las costumbres frente a la igualdad de la mujer, la autonomía de las experiencias sexuales y demás valores culturales ligados a códigos religiosos conservadores. La oposición a la liberalización moral tiende, dicen los autores, a manifestarse mediante antagonismo, haciendo uso de la llamada “retórica del odio”, la búsqueda de la “eliminación del otro” y de “chivos expiatorios”, y la separación entre esos otros y la “gente de bien”, que prevalecerá por mandato divino. Shoshan (2021) anota que en América Latina polarizan entre izquierda y derecha la corrupción, la seguridad pública, el conservadurismo moral y las desigualdades socioeconómicas, mientras en Europa tienen el primer lugar la inmigración y el islam, y en Estados Unidos lo racial y las políticas de género. El resentimiento de capas emergentes por su deteriorado o incierto modo de vida bien puede sumarse al movimiento, así como las políticas de la memoria que reviven las dictaduras militares del sur del continente o el conflicto interno, como en el caso colombiano. Las peculiaridades colombianas para distinguir y contraponer partidos y causas políticas,

además de filones propios de historia y cultura, aportan su versión peculiar sobre viejos temas de la ideología cultural y la política de la modernidad.

Pueblo, populismos y autoritarismos

Si se contrastan los estilos de ejercicio político y presentación de la persona, ya no entre Uribe y Santos, sino entre Uribe y el actual presidente Gustavo Petro (2022-2026), aparecen curiosas similitudes que van más allá del sombrero de paja del asesinado guerrillero Carlos Pizarro (M-19) que Petro pretende erigir como símbolo nacional. La similitud que algunos vemos va principalmente hacia cómo se conciben la política y el ejercicio de la autoridad, no en las grandes ideologías en que pretende cada uno inscribirse, sino en el ejercicio del poder mismo y el lugar allí de la ciudadanía y la sociedad civil.

Ambos creen que tienen una misión que cumplir que desborda las instituciones y las reglas del juego de la democracia liberal, por eso ambos son incapaces de construir partidos impersonales, únicos como se sienten y se autoproclaman. El uno puede despreciar desde los pequeños ritos usuales de consideración y cortesía hacia otros, como no hacerlo esperar por horas y horas, mientras el otro “niñea” con sus diminutivos a todos, y ambos pretenden socavar la justicia con ataques verbales, movilizaciones de adeptos y otros juegos oscuros. Ambos se desesperan con la marcha de las instituciones y buscan cómo desconocerlas o atropellarlas. Detestan la separación de poderes y la vigilancia de los medios. En fin, no creen que la sociedad civil y los ciudadanos tengan autonomía más allá de obedecerlos, pues ellos “son” el pueblo, mientras los demás son traidores, vendidos, enemigos.

Ya Steve Levitsky y Daniel Ziblatt definían a los populistas como “políticos antisistema, figuras que afirman representar la voz del «pueblo» y que libran una guerra contra lo que describen como una élite corrupta y conspiradora”. Advierten la preocupación cuando estos políticos rechazan las reglas democráticas, niegan la legitimidad de sus oponentes, incitan o toleran la violencia y desean restringir las libertades civiles de sus opositores, incluidos los medios de comunicación (Levitsky y Ziblatt, 2018: 24; véase el estudio de Laclau, 2005).

Por su parte, en el *Diccionario de política*, Norberto Bobbio definió al populismo como “las formas políticas cuya fuente principal de inspiración y término *constante de referencia es el pueblo*, considerado como agregado social homogéneo y como exclusivo depositario de valores positivos, específicos y permanentes” (Bobbio et al, 1997, vol. 2, p. 980, énfasis agregado). A finales del siglo XVIII el populismo fue también un “mito a nivel lírico y emotivo”, con una matriz literaria que transfiguró en poesía los supuestos valores populares como lo hicieron los esclavófilos en Rusia (Bobbio et al, 1997, p. 981, vol.2, énfasis agregado). Añade que algunos consideran al populismo no una doctrina, sino un “síndrome”. El historiador Peter Burke (1991) estudia el redescubrimiento del *pueblo* por los intelectuales europeos ocurrido entre el siglo XVIII y comienzos del XIX; por entonces, dice, comenzó a generalizarse, especialmente en Alemania, un grupo nuevo de términos como canto popular y cuentos populares, impulsados activamente por el poeta Johann Herder, quien acuñó el término “cultura popular”. Las conocidas recopilaciones de poemas de los hermanos Grimm asociaron pueblo y poesía, “poesía de la naturaleza” dijo Jacob Grimm, y con ello se promovieron colecciones de canciones, imágenes y relatos populares, movimiento que se extendió a Suecia, Noruega, Finlandia, Rusia. Este movimiento de “descubrimiento del pueblo” fue amplio e incluyó a los

viajeros y a la religión popular vista como armonía entre religión y naturaleza. En su conjunto, el movimiento sembró la idea de “espíritu” nacional, que por supuesto no tardó en derivar en puntal de los movimientos políticos nacionalistas.

Bobbio et al. (1997, pp. 986-987, vol. 2) dice que si bien la primera y más conocida afirmación del concepto político de *pueblo* está ligada al estado romano y es la fórmula que lo define, fue solo con el redescubrimiento romántico del pueblo, en coincidencia con una visión política nacional que identificaba al Estado como nación y daba nuevo valor a todo lo que componía la realidad nacional, cuando comenzó de nuevo a tener sentido el pueblo como sujeto de la vida política. Su revelación, continúa, estuvo concretamente ligada a los grandes procesos de transformación económica-social iniciados con la era industrial y la consiguiente formación de partidos políticos populares.

Fue entonces cuando surgieron personajes y movimientos que no solo invocaron la legitimidad política moderna en el pueblo, sino que asumieron en ellos mismos la apropiación de la voluntad del pueblo. Personificaron la voz del pueblo y lo hicieron por medio de su política. Los políticos “antisistema” contemporáneos, nos dicen los analistas, emergen de las fisuras de la democracia liberal, de sus incumplimientos para sectores amplios de la población, y aprovechan decididamente los cambios en la estructura de comunicación masiva, lo que les permite hoy día no sólo alcanzar gran población, sino fabricar sin contraste sus discursos de odio (Shoshan, 2021). En términos periodísticos, el encanto del populismo de izquierda como el de derecha, dijo el periodista colombiano Héctor Abad, se genera en “sociedades históricamente humilladas y resentidas”, en cuyas promesas resuena el Sermón de la Montaña en el que fueron criados (Abad, *El Espectador*, julio 28, 2024, p. 56).

El énfasis populista está en defender las virtudes del pueblo, lo que les da la base moral; pero mientras la derecha enfatiza la tradición, la costumbre y el orden, la izquierda se enfoca en la autenticidad y superioridad moral del pueblo. Las explicaciones que señalan las enormes desigualdades que instauró la globalización, la precariedad laboral, la pérdida de pertenencia y las muchas otras características de las crisis del capitalismo contemporáneo, me parece que pierden el punto más crítico. Al apropiarse de esta creación de la modernidad, el “pueblo” y la “soberanía popular”, las retuercen hacia la representación personalista. Se habla por el pueblo y el pueblo sustenta el aparato de poder, lo que les permite a los detentadores perseguir a muerte las muestras de autonomía y ciudadanía independientes, para revelar su inclinación al autoritarismo hasta los extremos totalitarios que estudió Hannah Arendt (2022).

Lo acabamos de ver en forma muy dramática y desnuda en Venezuela, en nombre del socialismo, cuando más bien todo recuerda el pasado histórico de Venezuela con 10 dictaduras de militares y caudillos, desde el general José Antonio, el “bravo” Páez de la guerra de independencia colonial, hasta el coronel Marcos Pérez Jiménez. ¿Hay un hilo cultural –o un ovillo-, un “ethos militarista” en el presente amenazante?

Nitzan Shoshan (2021) afirma que la evidencia empírica muestra que no existe una progresión lineal de los derechos liberales y la igualdad social en el mundo. En vez, se pueden identificar ciertos temas que varían con el país y la región, algunos temporales y otros pasajeros, pero todos cruciales para las movilizaciones y alianzas de derecha. Las políticas de género en Estados Unidos, así como el asunto racial y la supremacía blanca, incrustados en la propia conformación de la nación, están detrás del ascenso de Trump. Nos resuenan todavía sus palabras cuando gritó ante el público fervoroso que la intervención divina lo salvó del atentado y que tiene por cumplir una misión

superior. Existe una amplia y móvil matriz de razones, vetas culturales y emociones detrás de la expansión de la derecha y el populismo autoritario de izquierda. Pero lo crucial es que más allá de diferir y rebelarse contra los modelos políticos y culturales típicos de la modernidad, esta rebelión construye un monstruo autoritario que usa la violencia de todo tipo para aferrarse al poder. Y este monstruo puede ser de derecha o de izquierda.

Sin duda no es posible aislar elementos únicos para explicar este fenómeno puesto que en verdad existe una *configuración* en el sentido que en su estudio clásico le da Norbert Elias ([1977] 1989) al término: convergencia de escalas subjetivas y macro estructuras, de emociones, afectos, elaboraciones racionales o cognitivas que forman un todo. Ya bien sabemos que las emociones son construcciones sociales personales que alimentan la escena pública y los afectos primordiales son la moldura de razonamientos y narrativas políticas.

Chantal Mouffe (2002) aboga por que la izquierda abrace la política como agonismo, es decir, como contraposición entre adversarios en vez de antagonismo, lucha entre enemigos. Tal vez también convenga recurrir a las nociones de ciudadanía y sociedad civil, que incluso por ser parte del ideario liberal permiten superar la lucha entre enemigos para desplazarla a contradictores. Dice Isaiah Berlin (2000, p. 39) en su prólogo a *Sobre la libertad* de John Stuart Mill, que a Mill lo horroriza la perspectiva de una sociedad en perfecto acuerdo y armónica, no apenas porque los poetas desaparecerían con su fantasía, sino por el deseo de poner fin a la variedad, el movimiento y la individualidad. Gran anhelo del autoritarismo.

Bibliografía


- Abad Faciolince, H. (2024). “Gloria al bravo pueblo que el yugo lanzó”, *El Espectador*, julio 28, p. 56.
- Arendt, H. (2022). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Berlin, I. (2000 [1969]). “John Stuart Mill y los fines de la vida”. Prólogo a Stuart Mill, *Sobre la libertad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Burnyeat, G. (2024). *La cara de la paz. Gobierno, pedagogía de paz y desinformación en Colombia*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Burke, P. (1991). *La cultura popular en la Europa moderna*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bobbio, N., Mateucci, N. y Pasquino, G. (1997) *Dicionário de Política*. 2 vol. Brasília: Editora Universidade de Brasília.
- Dias Duarte, L.F., y Martínez-Moreno, M. J. (2024). *Configuraciones de la persona en contextos contemporáneos de populismo de derecha: una investigación incómoda*. En prensa.
- Elias, N. [1977] (1989). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo Cultura Económico.
- Laclau, E. (2005). *La Razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Ariel: Barcelona
- Martínez-Moreno, M. J. (2022). “Por el Jardín de las Delicias. Emocionalismo, acercamiento a la interioridad y alianza con la fuerza”. En: Jacobo, F.; Martínez-Moreno, M. J. (orgs.), *Las emociones de ida y vuelta. Experiencia etnográfica, método y conocimiento antropológico*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 113-136.
- Mouffe, C. (2002). “La «fin du politique» et le défi du populisme de droite”. *Revue du*

MAUSS 2(20), pp. 178-194.

Shoshan, N. (2021). “Epílogo: Desafíos comparativos en el estudio de la ultraderecha. Una mirada desde Europa”. *Población & Sociedad* Vol. 28 (2), pp.127-137.

Fuentes

COMISIÓN DE LA VERDAD (2022). *Informe Final. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. Hay futuro si hay verdad*. Bogotá. <https://www.comisiondelaverdad.co/>

 **Myriam Jimeno** es doctora en Antropología de la Universidad de Brasilia y Profesora Emérita de la Universidad Nacional de Colombia (1974-2016). Estudia la relación entre cultura, conflicto social y acciones de violencia y las relaciones interétnicas con pueblos amerindios. Fue directora del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) y becaria de investigación de la John Simon Guggenheim Foundation (2010). Principales libros: *Cultura y violencia: hacia una ética social del reconocimiento*, 2019; *Después de la masacre. Emociones y violencia en el Cauca indio*, 2016, con Castillo A. y Varela D.; *Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida*, 2006, versión en inglés, 2014; *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*, 2004; *Las sombras arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia* 1996, con Roldán, Jaramillo, et al.